

zar, y cantar; y para que los Niños supiesen leer, les hacia de su letra las Cartillas. Al mismo tiempo que enseñaba à los parvulos, aprendia de ellos su lengua materna, escribiendo cada vocablo, como si fuese Niño; y despues de aver juntado las dicciones, se ponía à estudiarlas, costandole gotas de sangre el hacerse capaz de tan varias, è incultas lenguas.

De la calidad de estos Indios, dió noticia en el sobredicho Informe, aunque su caridad ardiente vistió de luces al retrato, pintado como mansas Ovejas, los que eran carniceros Lobos en lo interior de su trato; pues aunque no todos, huvo muchos entre ellos, q̄ en repetidas ocasiones intentaron quitar las vidas de los cuerpos, à los que con su doctrina daban vida à sus almas, como adelante veremos; y lo q̄ informó nuestro Fr. Melchor, fue lo siguiente. = „Los Naturales de to-

„ das estas Naciones, por lo comun, „ son docilísimos, y muy cariñosos. „ Su modo de vivir entre sí, los que „ están en paz, muy pacíficos, y caritativos, pues lo poco que tienen, todo es de todos. Muy obedientes „ à sus Caziques, pues à la menor señal que hacen con sus atambores, se „ sugetan todos, ya para hacer algun „ Palenque, ó ya para defenderse armados cõ flechas, y lanzas. Su vestitir es pobrísimos; porque los hombres con sus cendales de pieles, y „ y las mugeres cõ sus pañalitos cortos; y las que no los tienen, cõ hojas de platanos se hallan tan contentos, como los mas bien vestidos Españoles. = Fue mucha la constancia conque se mantuvo crecido de penalidades, y el Señor gustoso de verle padecer con varonil sufrimiento, le alargaba trabajos, para enriquecerle de meritos. Por su misma narracion se conoce quan falsos estaban el, y su Compañero, de todo humano socor-

ros; pero se verificaba, q̄ para los zeladores de la Ley, que oprimidos del peso de la tribulacion, no se dán, aún quando se sienten rendidos, tiene Dios viandas rusticas, y grosseras, que dan fuerzas, y vida, dejando vergonzosamente confusas las ingeniosidades de la gula. Experimentando muchos aumentos en la labor espiritual, con la reduccion de los Indios Barbaros de aquellas Montañas, se iba engolfando nuestro Missionero en mayores empresas de la Gloria de Dios, desseo de que no quedase rastro de la contradiccion en aquellas dilatadas Naciones; mas porque no le faltase en tan gloriosa empresa el lastre de la contradiccion del enemigo, se valiò su infernal industria de algunos Indios, que intentaron varias veces quitarles la vida à los Missioneros; pero no dandoles permiso el Cielo para executar sus iras, procuraron vengarse en lo que discurrían les sería mas sensible que el morir.

Fueronse los amotinados, y procerbos à la Iglesia, que estaba dedicada al Arcangel San Miguel, y con implacable furor le pegaron fuego, reduciendo toda la pobre fabrica à cenizas. Tuvieron noticia los Padres de tã sacrilego atrevimiento; y apenas creian lo mismo que les contaban, hasta que por sus mismos ojos registrarõ las ruinas del fatal incendio. Fueron copiosas las lagrimas que derramaron con la vista de su Iglesia abrasada; y lo que les fue mas sensible, era, considerar, que con aquella sacrilega accion, protestaban la dureza de sus corazones, para no admitir la Fè de Christo, que les predicaban. Luego que los perversos incendiarios avian executado su maldad, se retiraron como Fieras sylvestres à las grutas de sus Palenques; y para impedir à los Padres el que no fuesen en busca de ellos, pusieron vallas de espinas, q̄ sirviesen de ata-

jar-

CAP. XXIII.

Librale el Señor de evidètes peligros de la vida, con maravillosas circunstancias.

Quando el Señor Omnipotente empeña à sus fieles Siervos en empresas de su mayor Gloria, corre de su cuenta hacerles en sus fatigas toda la costa. Muchos fueron los peligros en que se metió nuestro Fr. Melchor, llevado del fervor de su zelo, y de otros tantos le libertò el Señor, que lo tenia destinado para que alumbrase innumerables Almas del ciego Gentilismo. Quando salieron con vida de la pasada refriega, decian los Indios mansos: Dios es quien libra à estos Hombres de riesgos tan manifiestos, y les conserva las vidas. Temeroso vivia el Demonio de que entrasen estos dos Campeones Apostolicos à desposeerle del dominio tyrano, que tenia de aquellas Gentes ignorantes; y para que saliesen de sus errores, dispuso Dios, que los mismos demonios los desengañasen, y les diesen noticia de los dos Missioneros, que les enviaba, pintandoles sus Abitos, y facciones. Con estas palabras formales lo dice en su Carta nuestro Venerable Margil: „Un año antes de „ llegar à las Misiones de las Talamancas, los mismos demonios desde sus Idolos les dixerõ à los „ de sus Sacerdotes: Ya se acercan „ dos Hombres de esta manera, pintandoles nuestro Abito: ya llegó el „ tiempo que seais Christianos: assi „ nos lo dixerõ los Interpretes. En „ otra ocasion nos dixerõ: Padres, „ los Indios dicen, que si soys Dioses? Porque os han dado veneno „ en la comida, y no os moris. Considera V. P. (dice el V. P. Margil, „ hablando con el Guardian de este „

Oodo 2

San-

„ Santo Colegio) el bien que hizo
 „ Dios al Reyno de Guatemala, de
 „ enviarle un tal nuevo Apostol, y la
 „ misericordia que usó Dios conmi-
 „ go de darmelo por mi Maestro, Pa-
 „ dre, y Compañero individuo, por
 „ tiempo de casi quince años, para mi
 „ mayor confusion, pues cada dia me
 „ hallo mas nada, y mas para nada
 „ bueno. Son todas estas clausulas de
 „ tanta energia, en abono de la singular
 „ virtud, zelo, y constancia del V. Fr.
 „ Melchor, que no necesitan de otra
 „ ponderacion.

Boivióse á edificar con mucho
 mas efmero, y mayor Gloria de Dios,
 la Iglesia del Principe San Miguel;
 pues aterrados los insolentes, no pu-
 dieron menos que rendirse, y confes-
 far su yerro, quedando victoriosos los
 Ministros Evangelicos, que con armas
 de luz peleaban contra las tinieblas de
 tantos ciegos del demonio. Aunque
 los mas de aquellos Gentiles estaban
 ya reducidos como mansas Ovejas, y
 obedecian con prontitud los saluda-
 bles consejos de los Padres, no faha-
 ban entre lo inculco de aquellas bre-
 ñas Lobos carniceros, que intentaban
 dar la muerte á estos Ministros de
 Dios, quando iban á buscarlos en sus
 grutas. En una ocasion, que los tuvie-
 ron solos en sus manos, se sabe, por
 testimonio fidedigno, que los desnu-
 daron de sus Abitos, y arandolos á un
 madero, pusieron al rededor mucha
 leña; y para que se quemassen vivos,
 estuvieron dándole fuego por veinte
 y quatro horas; pero no permitió el
 Señor, que les tocasse la llama, facan-
 doslos indemnes por manifesto prodi-
 gio, aunque los Barbaros lo atribuyeron
 á magicos encantos. A otra Ran-
 cheria llegaron de Indios tan obstina-
 dos, y crueles, que no pudiendo tole-
 rar su presencia venerable, ni escu-
 char las verdades Catolicas q̄ les pro-
 ponian, se resolvieron á matarlos, inf-

tigados del demonio. Con este desig-
 nio los llevaron á un lugar el mas in-
 trincado de aquellas breñas, y les ma-
 daron se pufessen de rodillas para es-
 perar la muerte. Los Padres, ofrecien-
 do á Dios sus vidas, obedecieron, re-
 signados, y gustosos, esperando por
 instantes la muerte; y los Barbaros, ó
 porque no se concertaban en el gene-
 ro de como les avian de quitar la vi-
 da, ó porque Dios no les daba per-
 miso para efectuar su maldad, tarda-
 ron tres dias, y tres noches, sin resol-
 verse; y en todo este tiempo, se man-
 tuvieron los pacientes, de rodillas, sin
 comer bocado, ni beber cosa alguna.
 A ratos se ausentaban los Indios, es-
 perando q̄ desfalleciesen por falta de
 alimento, y todo era ir, y venir, por
 instantes, amenazandoles de muerte,
 q̄ huviera sido bastate á darcela, el ver
 solo lo horroroso de sus figuras.

Viendo el P. Fr. Antonio, al ter-
 cero dia, casi desfallecido, por la fal-
 ta de alimento, á su Compañero, por
 lo que en sí experimentaba, aún sien-
 do mas robusto, le propuso: que pues
 los Indios daban lugar con su ausen-
 cia, le parecia conveniente se levanta-
 assen á buscar algunas yerbas silvest-
 res, conque mantener el derecho natu-
 ral de la vida, y no darse la muerte
 por su mano, omitiendo aquella dili-
 gencia tan forzosa. Aquí fue donde
 campeó la Fè heroyca de Fray Mel-
 chor, y la Obediencia mas acryfolada
 de Fray Antonio; porque oyendo la
 propuesta, respondió todo enardeci-
 do: que en aquellas circunstancias, no
 debian tener mas cuidado, que una
 total dependencia de la Providencia
 Divina, y de la voluntad de los In-
 dios: ya les quisessen quitar la vida
 con el fierro, ya cõ la hambre. Quién
 no admira tal firmeza de Fé, y de
 confianza en el Venerable Anciano;
 y quien no se pasma, viendo obedecer
 á Fr. Antonio en lance tan estrecho,

con-

contra el dictamen proprio, y en ma-
 teria tan ardua como morir, y morir
 de hambre, teniendo á la mano yer-
 vas conque conservar la vida? Acci-
 ones hai, que practicadas por los
 Siervos de Dios, se elevan tanto, que
 se quedan en la esfera de la admiracion,
 y no pueden servir para ser imi-
 tadas, sino es con asistencia, y espe-
 ciales esfuerzos de la Gracia. Despues
 de los tres dias, parece que solo aguar-
 daba el Señor tan grato sacrificio, co-
 mo cõ estos actos tan heroycos le ha-
 cian sus afligidos Siervos; porque mu-
 dandoles el corazon á los Barbaros,
 vinieron á vértelos con semblante mas
 templado; y diciendoles, que se levanta-
 assen, les arrojaron algunos platanos,
 fruta usual de aquellos montes, y les
 permitieron bebiesen agua, que era
 la sed la q̄ mas les atormentaba. No
 por esto los dejaron descansar, ni por
 pocos dias en su tierra, sino que con
 aspereza de palabras, y sana mas que
 de brutos, los echaron de sus contor-
 nos, y les dixeron muy claro, no te-
 nian para qué volver á buscarlos; por-
 que ellos estaban tan bien hallados en
 sus errores, que no querian admitir la
 Ley que les predicaban. Fueronse los
 Padres á buscar otras Naciones donde
 encontrassen mejor disposicion para
 recibir el Santo Evangelio, ó encon-
 trar con el martyrio.

Eran tantos los deseos que tenia
 Fr. Melchor de derramar su sangre en
 las Aras cruentas del martyrio, que
 quedó hacia memoria de les muchos
 lances que se le avian ido de entre las
 manos, de lograr tan incomparable
 dicha, muriendo por la Fé, ó en su de-
 fensa, lloraba con amargas lagrimas al
 referir estos sucesos; y quando el P. Fr.
 Pedro de la Concepcion, y Urriaga,
 que fue algun tiempo su Compañero,
 le decia alguna cosa en contra de su
 dictamen, por experimentarlo, le re-
 plicaba cõ afectos, y suspiros profun-

dos, con estas enfaticas, y sentencio-
 sas razones: Há, Padre, que detra-
 mando por Christo la sangre, se laban
 las máchas, y se satisface algo. Aque-
 tas amorosas ansias le nacia de aquel
 genero de Oracion en la presencia de
 Christo Crucificado, que le decia á tu
 alma continuamente: MIRA LO QUE
 HICE POR TI: QUE ES LO QUE TU
 HACES POR MI? Y esta dulce, y sen-
 tenciosa pregunta, lo encendia en vi-
 vos afectos, y deseos de morir por su
 Jesus; y crucificarse infinitas veces
 con él. Desechado de aquella parciali-
 dad, q̄ intentó quitarle la vida, pasó
 en busca de otras Naciones circunve-
 cinas; y la que primero le ocurrió fue
 la de los Terrabas, enemigos declara-
 dos de los Talamancas; y aunque con
 algunos rodéos, por ser preciso transi-
 tar por otras Naciones, como fueron
 los Borúcas, se detuvieron entre ellos
 todo el tiempo que fue necesario para
 dejarlos instruidos; y bautizados.
 Pasaron á los Téxabas, gente docils
 y fueron bien recibidos de ellos: con-
 q̄ en breve tiempo quedó toda aque-
 lla parcialidad instruida en los rudimén-
 tos de la Christtidad, y fabricada su
 Iglesia, que se consagró á N. S. P. S.
 Francisco. Antes de hacer la entrada
 en los indomitos Terrabas, les envia-
 ron mensageros, llamando los Caziq-
 ues, para que se informassen del mo-
 tivo que tenian los Padres, para venir
 á su tierra. Eran por todos ocho, y sie-
 te de ellos vinieron á la presencia de
 los Padres, tan desnudos de toda hu-
 mana decencia, como los echó la na-
 turaleza al pie de sus Madres; pero ve-
 nian tambien desarmados, y de paz,
 sin arco, y flecha,

Uno solo de los Caziques, se
 mostró obstinado; y no quiso darse
 por entendido de la embajada de los
 Padres; y lleno de furor diabolico, hi-
 zo promesa á sus Idolos, de que si los
 Padres passaban adelante en sus inten-
 tos,

Pppp

tos, les avia de quitar la vida, aunque se empeñasen en defenderlos los otros siete Caziques. Parecióles à los Padres se les venia à las manos la ocasion que tanto avian deseado, de dar la vida por Christo, por mas que los persuadian los Indios mansos, el que no se metiesen en tan evidente peligro, porque fuera del Cazique, se avian juntado otros muchos de su parte, respondió Fr. Melchor con zelo intrepido: A ESSOS BUSCAMOS: A ESSOS NOS AVEIS DE LLEVAR PRIMERO. Caso raro! Fueron derechos à los Palenques, ó Casas de este Cazique, y de los suyos; y aquellos que atrincherados con armas, lanzas, y flechas los esperaban para quitarles la vida, los salieron à recibir con tabillitas de chocolate, platanos, y quantos regalitos tenían. Esto les causó indecible ternura à los Misioneros, alabando à Dios, que assi muda en mansedumbre de Corderos, los corazones de Lobos: Todo lo consigue la paciencia de los Ministros Evangelicos. Obró el poder divino con tal eficacia en los animos de estos Gentiles, que trocando la ferocidad en piedad, cargaban quantos enfermos tenían, y los ponian delante de los Padres, para q los bendixessen. Hablando el R. P. Fr. Joseph Diez, que fue uno de los Fundadores de este Santo Colegio, y su primer Chronista, sobre este punto, dice: „Yo discuto, y no sin fundamento, que no se avian de mover „ à estas demostraciones, sin aver experimentado alguna repentina, ó „ milagrosa salud; y que quien me „ dió esta noticia, lo callaria por su „ humildad. Citaronlos à todos, para que el siguiente dia se juntasen à saber la causa de aver venido à sus tierras. Hicieronlo assi, y sentados todos en sus banquitos, puestos en circulo, se sentó en medio de ellos una India gorda, que era la Sacerdotiza, ó enga-

ñadora, à quien todos respetaban, y obedecian como à Madre. ESTA (dixeron) SABE TODO, ESTA HABLARA, Y RESPONDERA POR NOSOTROS. Viendo el P. Fr. Melchor, que todo el auditorio se reducía à esta sola, confiando en el favor divino, enderezó à ella su razonamiento, diciendo:

Sabete, hija: que nuestra venida à estas vuestras tierras, à costa de tantos trabajos, riesgos, y descomodidades, no es porque busquemos bienes, ni conveniencias de este mundo, pues todo lo despreciamos como caduco, y perecedero. Solo es el motivo la caridad, y compassion de ver la perdicion de vuestras almas, que miserablemente perecen en las tinieblas de la Gentilidad; cuyo remedio apreciamos mas que nuestras vidas; pues (como veis) las exponemos à riesgo de perderlas, porque vosotros consigais la vida eterna. Esta no la puede conseguir el que no fuere bautizado. Entiendo, hija, que vuestra total ruina consiste, en adorar los Idolos, que siendo hechuras de vuestras manos, los tenéis por Dioses, y son moradas de los demonios, que intentan la ruina de vuestras almas. Nosotros adoramos à este Señor, que siendo Dios immortal, se hizo Hombre, para que muriendo en una Cruz, fusiésemos, por su muerte, redimidos. Atenta escuchó la India el razonamiento del Padre; y como otra Samaritana, proponia sus dudas, para certificarse de la verdad, que deseaba seguir. Tocó con su mano el Santo Crucifijo, y engañada del tacto, quanto incredula à la voz, porque no penetraba el mysterio de lo que ignorante tocaba, dando à la Imagen un pellizco, dixo: Si vosotros abomináis nuestros Dioses, porque son hechuras de vuestras manos: tambien este que adorais por Dios, es hechura de las vuestras: luego no debeis culpar en nosotros aquello en que tambien vosotros

forros sois culpados. Es verdad (respondió el Padre) que esta es hechura de vuestras manos, pero es solo Imagen de aquel Original, que está en los Cielos, adonde subió à los quarenta dias, después que resucitó al tercero dia de su muerte: mas vosotros adorais unos Idolos, que son imagenes del demonio, quien por su obstinacion, y soberbia, está ardiendo en los infiernos. Esta que os mostramos, es Imagen del Dios que nos crió, y se hizo Hombre por redimirnos, muriendo en una Cruz como esta: estas vuestras, son imagenes de demonios, que intentan destruiros, y condenaros.

CAP. XXIV.

Profigue la misma materia del passado.

A Todas estas razones, replicó la India: Estos Dioses, desde el principio, nos criaron à nosotros, y à nuestros Padres. No lo creas (dixo enardecido el V. Fr. Melchor) que solo ay un Dios, Criador de todo lo visibie, è invisible: Este es el que crió à vosotros, y à nosotros, y fuera de este, no ay otro Criador. Como el demonio engañó à nuestros primeros Padres Adán, y Eva, assi os engaña à vosotros, para que heredando por sugeccion suya el engaño, adoreis las culcbras, las piedras, y otras criaturas, en quienes entra el demonio, para que creais sus mentiras. Sacaron los Padres el Missal, y la fueron enseñando los mysterios de la Fé, comenzando desde la Encarnacion del Divino Verbo, hasta su Ascension à los Cielos, mostrandola las Imagenes. Desengañabáse la India con la voz; però daba mas credito, como Ifác, à el tacto. Tocó las hojas, y dixo: este es pañito. O, lo que es necessario para reducir à la razon à un racional aluci-

nado con lo material de los sentidos! Mucho costó al zeloso Ministro la reduccion de esta Maestra de errores; però como no pueden faltar palabras eficaces à los que Dios destina para profaneros de las verdades eternas, puso tales razones en la boca del bendito Padre, que se dió por convencida, la que tanto alegaba, queriendo defender su ciega idolatria. Viendo, pues, que con exemplos materiales la iba convenciendo, tomó un pañito de los que ellos tenían, y le dixo: Bien sabes que entre vosotros quando alguno se ausenta de su muger, para que supla su ausencia, le deja un paño, para que al mirarle, se acuerde del amor de su ausente esposo: no estima aquel paño por esposo suyo, sino por memoria del esposo ausente. Assi esta Imagen nos dejó nuestro Señor Jesu-Christo, como prenda, quando se ausentó à los Cielos.

Aqui comenzó la India à sentir la eficacia de la agua de la vida, à que con ansias aspiraba; y dandose por convencida, dixo: Padres, como los Niños, que nacieron ciegos, van poco à poco abriendo los ojos para ver la luz; assi yo poco à poco voy entendiendo, y recibiendo la luz de la verdad, que ignoraba. Solo me detiene para abrazar la Fé que enseñais, el q si estos à quienes yo he enseñado lo contrario, me oyeren decir que es verdadera la Ley que predicais, dirán que soy embustera, pues les hice creer tantos errores. Esto decia estando à solas con los Padres, y los Interpretes; y entonces muy alborozado el P. Fr. Melchor, le dixo: por esso mismo, hija, los has de desengañar, diciendoles: que tus viejos engañados, te engañaron à ti, y tú los tenias engañados à ellos; y que Dios nos embia para que os saquemos de la ceguedad en que aveis vivido: esto es lo que de ti queremos, que pues fuiste ocasion de su

ruina, lo seas de su remedio: no miras, à el qué dirán; mira solo à Dios que desea tu salvacion, y la de estos pobres engañados. O, fuerza de la claridad divina! Todo el credito de esta Maestra de errores consistia en que aplaudiesen la obscuridad de sus engaños; pero apenas rayó en su alma el resplandor de las verdades Catolicas, abandonó sus credits, por gloriarse en sola la Cruz de Christo. Hizo llamar à los suyos, que esperaban afuera el fin de la conferencia; y con gallarda resolución dixo la Sacerdotiza: Hermanos míos, ya es tiempo de que salgamos de las tinieblas de nuestra ciega ignorancia, pues nos dà la luz en los ojos. Estos Hombres vienen como el Sol, à sacarnos de la obscura noche de nuestra gentilidad. La verdad que enseñan, es la que debemos seguir para salvarnos, no las mentiras que hasta aqui os he enseñado, engañada de mis antepasados.

Yo la primera, resuelta dejare el camino errado; y pues me aveis seguido por el despeñadero de la Idolatria, seguidme por el camino llano, que lleva al Cielo, adorando à un solo Dios, que no ay otro; pues los demás son falsos, y moradas de demonios. Oyeron atonitos à su Maestra los Indios, y no se atrevieron à replicar palabra alguna, persuadidos à que era verdadera la Fè, que enseñaban los Padres, pues con tanta resolución la abrazaba la que antes avia sido tan opuesta. Qué harèmos, decian, para salvarnos? A esto respondieron los Padres: la primera diligencia ha de ser, quemar todos los Idolos, para que en las cenizas aprendais el desengaño, viendo, q̄ pusisteis vanamente la confianza en los que no se pueden librar del incendio. Para cõseguirlo mejor, sin que escondiesen alguno, hicieron Alcaldes à los mismos Caziques, y à todos les asseguraron, q̄ estos saldrian

à su defensa, para castigar à los q̄ les quisiesen hacer algun daño. Tomaron los Caziques la emprella, con tal empeño, que ellos mismos traian los Idolos del Pueblo, y de las Parcialidades; y despues de tenerlos todos juntos, se dispuso una procession general, en la qual cada uno cargaba una Cruz, y en la otra mano llevaba un leño, que despues con todos juntos, hecha una grande pyra, arrojaron en ella, despues de encendida, toda la multitud de Idolos; y reducidos à cenizas, las apagaron con agua; y con ella, y el viento, se borró por entonces toda la idolatria. Hicieron los Padres dos Iglesias: la una, muy capaz, dedicada al Apostol San Andrè, en la qual, bien catequizada, è instruida la memorable Sacerdotiza, con muchas demonstraciones de piedad, y Religion, recibió el Santo Bautismo, de mano del V. Fr. Melchor; y le puso el nombre de Andrèa, para acreditar su Fè, con el nombre, y proteccion de tan Sagrado Apostol; y para obligarla mas, le encomendó el officio de ser Sacristana de aquella Iglesia, que lo admitió gustosa, y lo exercitò con esmero.

En este mismo tiempo edificaron otra Iglesia en distinta Parcialidad, en honor del Serafico Doctõr S. Buenaventura; y prosiguiendo muy consolados, y animosos, catequizaron los Indios Terrabas, y despues de bautizados los casaban, con los Ritos, y Ceremonias, que ordena nuestra Santa Madre Iglesia, dejándolos con aquella muger, que se verificaba aver tenido por legitima; ó con la que de las muchas que avian tenido, queria reducirse à la Ley de Gracia, usando de la facultad, y privilegio, que para este Sacramento dispuso la Santidad de N. Ss. P. Paulo III. Hecha esta diligencia, trataron los Padres de bolver à buscar aquellas Ovejas descarriadas,

que

q̄ en una Parcialidad de los Talamanecas les avian quemado la Iglesia de S. Miguel, y los avian atrojado con ignominia de sus tierras; y para que conociesen aquellos Barbaros, que aún viendo desechados de ellos, no se daban por sentidos, les avian remitido antes un mensajero de sus mismos amigos, diciendoles: „Para que se-
„ pais que no estamos enojados con
„ vosotros; y q̄ solo buscamos vues-
„ tras almas, compadecidos, y lasti-
„ mados de vuestra perdicion, des-
„ pues que ayamos convertido à los
„ Terrabas, vuestros enemigos, bol-
„ verèmos à besáros los pies. Fue esta accion humilde, un poderoso atractivo imán de aquellos diamantinos corazones, que viendo al V. P. Margil, à quien encomendó la emprella su Maestro, y Padre Fr. Melchor, que abrazándolos con ternura, se le tiró à los pies: no pudiendo resistirle à baxeria tan amorosa, le pedian perdon arrepentidos; y prometiendo admitirlos en sus tierras, escucharon sus saludables consejos, y admitieron la paz que les proponia con los Indios Terrabas, quedando desde entonces franco el comercio entre las dos Naciones, y abierta la puerta para predicar el Santo Evangelio, que antes con candados de la obstinacion, tenia cerrada la malicia.

Reducidos ya los Pueblos, y Parcialidades de la mayor parte de aquellas asperas Montañas de la Talamanca, les llegó à nuestros Misioneros una Obediencia del Prelado de este su Colegio, para que se viniessen à él, por la mucha falta que avia de Religiosos. No queriendo el Señor, q̄ se apagasse aquella luz, que se avia encendido en la Gentilidad, dispuso su sabia Providencia, que al mismo tiempo les llegasse Carta autentica, por la qual les constaba revocarles la Obediencia el Prelado Superior. Con esta

seguridad, prosiguieron catequizando otras Parcialidades, y Naciones, y escribieron una Carta muy edificativa, dándole razon de todas sus operaciones, al Padre Guardian de este Santo Colegio, que tengo presente al escribir esto, toda de mano, y letra del V. Fr. Melchor, con fecha de 29. de Diciembre de 1690. Intentaban nuestros Venerables Misioneros, despues de Conquistada la Talamanca, passar à otras Naciones, tocantes al Obispado de Panama, quando les llegó por segunda, Obediencia mas apretada del M. R. P. Comissario General, y de su Prelado del Colegio, en que con mayor instancia les ordenaba se pusiesen luego en camino, porque eran necessarias sus Personas para la manutencion del Colegio. Luego al punto trataron de obedecer; pues como dicen en la Carta que remitieron desde el Convento de San Juan Theotique, à 27. de Septiembre de 91. el mismo dia q̄ avian bendecido la ultima Iglesia, de quince que quedaban fabricadas en la Talamanca, recibieron la Carta; y el dia siguiente se pusieron en camino, con harto sentimiento de todas aquellas Naciones, de quienes no podian despedirse sin partirseles el corazon de sentimiento. No ay duda, que en semejante conjuntura, fue esta Obediencia à los Venerables Fray Melchor, y Fr. Antonio, cuchillo agudo, que penetraba sus corazones, viendo por una parte las lagrimas de sus hijos, lamentandose huérfanos; y por otra, verse obligados de la Obediencia.

Lo que mas aumentó su ternura, fuè el despedirse en particular de la India Cazique Andrea, q̄ con el justo dolor de apartamiento tan sensible, prorumpió en estas voces: Padres, si una Madre pare un hijo, y le está criando à sus pechos, de necesidad se morirá si le falta al mejor tiempo de su

Qqqq niñez.

niñez. Vosotros nos avéis sacado del error de nuestra Gentilidad: éstábamós aora como niños pequeños, mandando la leche dulce de vuestra doctrina, y nos dejáis? En gran peligro quedamos: Quien nos doctrinará en vuestra ausencia? Quien cuidará de nuestras almas? Quien nos consolará en nuestras aflicciones? Estas, y otras semejantes razones, escuchaban los Padres enternecidos; y para acallar sus justos sentimientos, necesitaron toda la eloquencia de su espíritu, aunque hicieron su oficio los ojos con tiermas, y compassivas lagrimas, procurando consolarlos, con la esperanza de que vendrian otros Padres á asistirles, y mantenerlos en la vida Christiana, q̄ avian recibido. Sacrificando á Dios la pena de sus corazones, se pusieron luego en camino, y escribieron la Carta, que enteramente se puede leer en la Vida impresa del V. P. Margil, y solo expresaré, como dicen en ella los Padres: que el consuelo que tenían, era, que no quedaba ya Nación por toda la Talamanca, que no estuviese reducida; y que venian tan gustosos á cumplir la Obediencia, q̄ quisieran tener alas para transitar los rios, y echarse á los pies de su Prelado; por que siendo el tiempo mas apretado de las aguas, no podian caminar con la presteza que quisieran; y mas por hallarse tan lejos, que desde la Provincia de Costa-Rica, hai mas de seiscientas leguas, hasta Mexico; y solo confiando en el Señor, esperaban les abriera el camino para executar la Obediencia.

()



CAP. XXV.

Llega á Guatemala, donde se halló con nueva orden del Superior, y prosigue predicando entre Christianos con portentosos frutos.

COMO á los Siervos de Dios, q̄ llevan por Norte seguir su Santissima voluntad, todas las cosas cooperan en su mayor bien: se verificó en esta ocasion, que el averlos sacado de las Montañas, era para que se convirtiesen muchos, que tenían el nombre de Christianos, y en la realidad vivian peores que Gentiles. Con inmensos trabajos llegaron Fr. Melchor, y su Compañero á Guatemala, con animo de pasar via recta hasta este Colegio; y sabiendo su llegada el Presidente de aquella Real Audiencia, les entregó las Letras de su Prelado General, en que bien enterado de la falta que podian hacer en aquel Reyno, les daba facultad para proseguir sus Apostolicos designios. Era el animo volver á desandar las quinientas leguas que ay hasta la Talamanca, para ocuparse de nuevo en aquella dilatada Conversion; pero antes quisieron tomar la bendicion del Ilmo. y Rmó. Sr. D. Fr. Andrés de las Nabas, quien les suplicó, el que antes de partirse á la Talamanca, se fuesen por la Vera-Paz, para sossegar las inquietudes de algunos Pueblos amotinados contra el Real Servicio, y Obediencia de sus Ministros. Viendo, pues, que era servicio de Dios lo que se les pedia, se partieron gustosos á buscar los Indios revelados, y con la eficacia de su ejemplo, y la suavidad de sus palabras, pacificaron los animos, y se logró á toda satisfacion el encargo del Señor Obispo, quedando todos admirados de que unas Gentes tan indomitas se hu-

hubiesen sugetado á la razon. Para q̄ mejor se lograste la paz, comenzaron á publicar sus Misiones entre los mismos Indios Christianos, teniendo noticia de q̄ muchos de ellos, pareciendo en lo exterior buenos Christianos, se mantenian finos idolatras en lo oculto.

Por una Carta, que en esta ocasion escribieron á este Santo Colegio, consta los efectos maravillosos que de esta Mission se siguieron, y los expresan en esta forma: „Nosotros nos bol-
„ vemos a nuestra tarea gustosos ázia
„ la Vera-Paz, en cuyo camino nos
„ hallabamos, quando fuimos llama-
„ dos para lo dicho, tan bien ocupa-
„ dos, por la misericordia del Señor,
„ que segun hemos experimentado,
„ nos parece, que aora entra la Fè de
„ nuestro Señor Jesu-Christo en es-
„ tos, q̄ ya desde la Conquista avian
„ recibido el Evágelio. Han sido tan-
„ tos los Idolos, abusos, y gentilida-
„ des, que se han quemado, que dán
„ á entender, que solo el Rey N. Sr.
„ ha entrado aora por lo mayor. Pre-
„ guntado á algunos Indios de razon,
„ cómo estaban tan Gentiles, siendo
„ tanto tiempo Christianos? Respon-
„ dieron: Qué hariais vosotros, Pa-
„ dres, si entrassen enemigos de vues-
„ tra Fé en vuestra tierra? No cogeria-
„ is todas las hechuras, è Imagenes,
„ y las retirariais á los môtes, ó cue-
„ vas mas ocultas? Esto mesmo han
„ hecho hasta aora, y hacen nuestros
„ Sacerdotes, Profetas, Adivinos, y
„ Nahualistas. Entró el Rey á fuerza
„ de armas, y nuestros Sacerdotes re-
„ tiraron nuestros dioses á los mon-
„ tes: Aí está nuestra Iglesia, y aí nos
„ está enseñando nuestros Sacerdotes
„ nuestra Ley, q̄ tenemos en nuestro
„ corazon; y el bautizar nuestros hi-
„ jos, oír Misa, confesar, &c. es me-
„ ramente cumplimiento, porque no
„ nos azoten; y dicen, sucede lo mis-

„ mo en todas las Indias conquitta-
„ das. Y preguntando mas: Cómo
„ tenían tan oculto todo esto á sus
„ Curas, y Doctrineros? Respondie-
„ ron: Porque nuestros Governado-
„ res, y Alcaldes, tienen puesta pena
„ de la vida, y de desbarbar, y des-
„ pedazar á qualquiera, que contare
„ en confession, ó fuera de ella, á
„ Cura, ó Doctrinero, cosa alguna de
„ todas las supersticiones, idolatrias,
„ &c. que ay en sus Pueblos. El me-
„ dio cõque Dios nuestro Señor nõs
„ hà alumbrado para descubrir esta
„ peste, es, el entrar en los Pueblos
„ cõ rigor, llamado á los Governado-
„ res, y Alcaldes al pie del Altar, di-
„ ciéndoles cõ fuerza lo siguiente:

„ Que ellos son los alcabuets, y
„ consentidores de todas estas cosas;
„ y que si desde luego no lo facan
„ todo, barriendo todo el Pueblo, de
„ casa en casa, yendo todos en cuer-
„ po de Justicia, y á veces poniendo
„ en mano del Governador, ó Alcal-
„ de una hechura de Nuestro Señor
„ Jesu-Christo, que luego los aviamos
„ de embiar con aparejos, y grillos, á
„ la presencia del Señor Presidente,
„ cuyo orden llevabamos, por quan-
„ to tenia su Señoria bastante noticia
„ de todas sus heregias. Con esta ze-
„ losá industria, logró el bendito Padre
„ se extirpasién las idolatrias, y hechiz-
„ os; y para prueba de que detestaban
„ la adoracion de sus Idolos, se quema-
„ ban publicamente á seis, á ocho, y á
„ nueve cargas los simulacros de piedra,
„ palo, ule, y copal, con otros millares
„ de instrumentos supersticiosos, de ban-
„ cos, cajas, huesos, y chalchiguites de
„ los Antiguos Indios. Para purificarse
„ de tanta abominacion, se hacian pu-
„ blicas penitencias, armandose los In-
„ dios de filicio, y cargando pesadas
„ Cruces, con tan sangrientas discipli-
„ nas, que ponian assombro á quantos
„ los avian conocido antes, y aora los

Qqqq 2

mira-

miraban tan trocados, y arrepentidos. Prueba es del zelo de este Elias de la Ley de Gracia, aquella heroyca accion conque algunos Indios idolatras quemaron mas de dos fanegas y media de piedrecillas superficuosas, que tenían. Estas incluian pacto implicito con el demonio; porque se echaba el Indio una en la palma de la mano, y le preguntaba à la piedra si avia por alli enemigos? Si la piedra se levantaba en el ayre, y señalaba àzia alguna parte, era cierto que los avia: si le preguntaba à la piedra si avia Tigres, Venados, ó Dantas que cazar? si la piedra se levantaba, señalando à alguna parte, luego encontraban cõ la Caza; pues con tener los Indios con estas piedrecillas tanta fé, y aun evidencia experimental, y luego que el V. P. las mandó recoger, las trajeron todas, y las echaron en el fuego, con tanta alegría, que hasta las Madres ponian un palito en las manos de los hijos, que traian à los pechos, para que las cebaran en el fuego, y les persuadian à q̄ dixessen en sus lenguas: **QUEMATE, DEMONIO,** escupiendo las piedrecillas juntaméte. Todo esto está testimoniado en el Funeral del V. Fr. Melchor.

Lo que el Señor deseaba, que no se malograse el zelo Apostolico de su Siervo, lo mostro en varias ocasiones. Aviendo hecho Mission el V. P. un Indio, que asistió à ella, movido de la eficacia de la palabra divina, se llegó à confesar; pero embargado de natural verguenza, ocultó unos pecados feos, que eran los que mas agravaban su conciencia. Bolviafe para su Pueblo, y en el camino se le mostró Christo Crucificado, que con rostro severo le reprehendió, diciendo: **Cómo tienes atrevimiento de bolverte sin aver confesado bien? Di: no te preguntó el Padre esto, y estos pecados? Si, Señor. Pues cómo no los dijiste? Señor, tuve miedo, y verguenza:**

Pues buelve luego à confesar la verdad; y desapareció su Magestad. Vino al punto desalado el Indio; y poniendole à los pies del V. P. le contó el suceso, con mucho espanto, y asombro; y confesó todos aquellos pecados, que antes avia tenido ocultos. A otro Natural, que avia asistido à la Mission, y confesádose con el V. P. yendo de buelta para su Pueblo, le aparecieron el Principe San Miguel, y el Inclyto Martyr San Sebastian, que eran sus cordiales devotos, y ambos le dixeron: Nos conoces? Si, respondió muy confuso: Pues dinos aora, cómo callastes los pecados en la confesion? Buelve al Misionero luego, y confesate bien; porque si no, morirás. Despavorido el Indio escuchó la conminacion de los dos Santos, y trató de buscar su remedio, viniendo en busca del V. Fr. Melchor, quien lo confesó con mucha caridad; y dándole saludables consejos para q̄ hiciese una vida Christiana, le auyentó de su corazon el formidable susto, conque avia llegado à sus pies; y lo confirmó en la devocion de los dos Santos, à quienes avia debido su remedio. Todo esto aseguró el P. Fr. Pedro de la Concepcion, y Urtiaga, averlo sabido de boca del mismo V. P. de quien fue Compañero.

Su Apostolica predicacion, parecia aver heredado el espíritu de un S. Pablo; pues sus palabras eran llanas, agudas, y eficaces, que solo miraban al provecho de los oyentes, gastando en cada Sermon dos horas, con diez, ó doce exemplos en cada uno; porque sabia, que estos son los textos q̄ mejor se quedan en la memoria de los pobres ignorantes, y los que mejor les persuadé para mudar de vida, y entrar por el camino del Cielo. Fue rara la eficacia, que tenia en hacer los actos de contricion, y tantas las lagrimas, q̄ al escucharle derramaban sus oyentes,

tes, que parecia una inundacion del Cielo cada conculto. No avia obstinado por diamantino que fuera, que al sonido de su palabra, no quedara mas blando que una cera. A un Eclesiastico, que en cierta parte era escandaloso de la Ciudad, por lo roto de sus costumbres, se le entró en su casa una noche, y le habló con tal espíritu, q̄ a la mañana despidió à la muger con quien avia vivido escandalosamente muchos años; y dió à criar sus hijos, entregandolos en casas honradas, sirviendo su porte de vida en adelante, de comun edificacion, quando hasta alli avia sido la fabula de todo el Pueblo. No es mucho que esto hiciese el V. P. con sus palabras, quando cõ solo un recado fuyo contrastaba moartes, y detracia peñascos. Un hombre tenia hurtada, y escondida en unas montañas una muger casada, cõ quien tenia muchos hijos, mas barbados que su Padre, y estos le servian con sus escopetas de guardar el monte, para q̄ ni la diligencia de Justicia, ni la piedad de los Christianos, pudiesen poner remedio à tanta perdicion. Supolo el V. Fr. Melchor, envió un Indio à la montaña para que le llamase, cõ fin de reducirlo. No hizo caso el mal Christiano; y el zelooso Ministro dobló la diligencia; despues de averlo encomendado al Señor con muchas lagrimas; y tomando una Imagen pequeña de un Santo Christo que traia al cuello, se lo entregó al Indio, diciendole: „Buelve donde está este „ hombre, y dile, que por señas de „ de este Señor le mando, que venga „ luego à verme para su remedio. Es de notar, que este Santo Christo era el mensajero, reductor de los obstinados.

„ O, misericordias de Dios! Lo mismo fue vér la Imagen, y escuchar el mandato aquel endurecido pecador, que salir como un Corderito, dejan-

do la montaña en que avia vivido como fiera sylvestre, y venirle à la presencia del Padre, que con paternales amonestaciones le hizo conocer la enormidad de sus yerros; y despues q̄ lo tuvo convencido, lo dispuso para una confesion general, que hizo con él, lloroso, y arrepentido: se dió orden para poner la muger donde convenia; y quedó tan enmendado aquel envejecido pecador, que entabló desde entonces una muy exemplar, y Christiana vida. Que hagan copiosísimos frutos sus Sermones, sus palabras, su nombre, y sus recados, mucho es; pero, como admira el Orador de su Funeral, que oirlo, sin verlo, sin saber su nombre, ni aún esperar jamás verlo, ni oirlo, haga su predicacion frutos inmensos; esto si, que es admirable; esto si, que à voces publica, que como otro Bautista lo ayudaba, y dirigia mano Superior, y Divina; porque eran tantas las Personas, que desde que se oyó en todo este Reyno (habla el Orador quando predicó sus Honras en Guatemala) su voz, q̄ clamó, quasi tan sonora, y provechosa, como aquella del Desierto, se convirtieron à verdadera penitencia, tantos millares, que solo el numero, que ha llegado à mis pies, es ya tan grande, q̄ he perdido de él la cuenta; y con grandissima confusion de mi tibieza, les oí à muchísimos decir en partes remotísimas, y varias: Padre mio, decir de que pasó la Santa Mission, nunca mas he buuelto à las culpas, y ha ocho años; y otros mas, ó menos. Todo es razonamiento del dicho P. Fr. Pedro de Urtiaga. Pues hijo, les preguntaba, te confesaste entonces? No, Padre. Oíste los Sermones? Tampoco, Padre; porque pasó la Santa Mission quarenta, ó cincuenta leguas de aqui, y no pude yo ir, como fueron otros; pero estos nos contaban lo q̄ los Padres Santos predicaban; y bastó para

no pecar yo mas: Dejo á la discrecion el peso de estas palabras.

CAP. XXVI.

Entra con su Compañero en los Apostatas Choles del Manché, donde dexó reedificadas ocho Iglesias.

Quando la Caridad llega á aquel grado de perfeccion altissima, que señaló el Divino Oraculo, diciendo: Ninguno tiene mayor Caridad, que hasta exponer, y dar la vida por el amigo, es llegar la Caridad al grado heroico. Era tanto el desseo en este Varon Apostolico de derramar su sangre en defensa de las verdades Catholicas, y ofrecer al Amado de su Alma la vida en las Aras del Martyrio, que no perdía ocasion de las que le parecían oportunas, para la consecucion de tan deseado fin. Tenia por muerte indigna de un hombre, que conoce la bondad de Dios, y la ama con ternura, morir de muerte fea, y á sangre fria, como es la que ocasionan las molestias, y perezosas lentitudes de las naturales dolencias. Aviendo reducido los Pueblos de la Vera-Paz á la deseada concordia, tuvo noticia de que muchos de sus antiguos moradores estaban fugitivos, y apostatas de la Fé, en las Montañas del Manché, entre los Indios Choles; y que avia veinte años, que se mantenían sin doctrina, viviendo como Alarbes, sin querer sujetarse á los Ministros, que antes avian tenido. Enderezó su viage con el V. Fr. Antonio, y algunos pocos Indios, que quisieron acompañarle; y á costa de imponderables trabajos, llegó á dar vista á los fugitivos; y con la eficacia de sus razones, los redujo á la Fé, que prometieron en el santo Bautismo; y bauti-

zaron de nuevo, crecido numero de Infieles; deteniéndose en esta empresa mas tiempo del que imaginaban, y tolerando hambres, y descomodidades grandes, con peligro manifesto de la vida: pues como se lee en la Chronica nuevamente impresa de Guatemala, hubo veces, que los tuvieron detraídos, arados á un palo dia, y noche, cundiéndolos de azotes, y sentenciados á ser flechados; de q̄ los libró el Señor por camino bien impensado; y esto se supo, no de los Padres, sino de los Indios vecinos. Todo este cumulo de trabajos, se les hizo tolerable; porque reconociendo la virtud poderosa del Señor, manifesta en la invicta constancia de Fr. Melchor, y su esforzado Compañero, se dieron á partido, y trataron de congregarse en Pueblos; para lo qual formaron ocho Iglesias, con la cordedad, y pobreza, que deja conocerse, en parages tan remotos, y faltos de todo lo necesario; y se mantuvieron en estas nuevas Conversiones, hasta tenerlos enteramente reducidos.

Estas Gentes del Manché, segun las describe el P. M. Fr. Antonio de Remesal, viven en tierras tan asperas, que es preciso transitar por caminos tan malos, que son los peores de todas las Indias, y es necesario pasar un Rio tan caudaloso, que se divide en seis brazos, que cuesta mucha dificultad el vadearlo. Despues se encuentra un Cerro tan eminente, que apenas se puede subir á pie. A este Cerro alto tenian los Indios por cosa divina, y como á tal, sobre una piedra, que estaba en la eminencia, le ofrecian sacrificios, derramando sobre ella sangre humana, pidiéndole favor, y ayuda contra los enemigos que passasen por él. Segun lo que se averiguó en aquellos primeros tiempos, no encontraron los Hijos de N. G. P. Santo Domingo, que fueron los primeros q̄

en-

entraron á estos Barbaros en los Choles, Idolos de piedra, ni otra materia solida, y solo hallaron en una como plaza, hecho como un Sacrificadero de piedras, y barro, labrado toscamente, de hechura redonda, y de una braza de diametro. Aquí hacian sus sacrificios, que eran, quemar unas Candelas de cera negra, y theas; y algunas veces sacrificaban gallinas, y otros pajaros; y á sí mismos se solian sacar sangre de la lengua, orejas, y sienas, molledos de los brazos, y otras partes. Preguntados, que pues no tenían Idolos, á quien ofrecian aquellos sacrificios? Respondieron, que á los Montes, y Sierras muy altas, y fragorosas, y á los passos peligrosos, y encrucijadas de los caminos, y á los grandes remansos de los Rios; porque entendian, y estaban creídos, que por estos vivian, y se multiplicaban; y que de allí les venia todo el sustento, y las cosas necesarias para la vida humana. El mismo R. P. Remesal, hace relacion de que en esta tierra de Manché aparecieron dos demonios, en forma humana, diciendoles, que si recibian á los Padres, avian de morir todos sin remedio. En otra ocasion, que se despidió un rayo de una espesa nube, se atemorizó tanto el Cacique principal, que estuvieron para quitar la vida á los Padres por solo este acaso.

Con lo dicho, podrá hacerse juicio del linage de Gentes, tan poco firmes, y estables en las cosas tocantes á la Fé; y quanto le costaria al V. Fr. Melchor con su Compañero, poner en orden, y concierto los ocho Pueblos, q̄ quedan insinuados, y se mantuvieron despues sujetos á la doctrina de sus primeros Ministros, que lo eran los Hijos de N. P. Santo Domingo; y vivian tan unidos en caridad con nuestros dos Misioneros, que lo que ellos hacian, eran sin diferencia comun á unos, y á otros; porque todos mira-

ban como fin ultimado la mayor gloria de Dios en la salvacion de las almas. Al tiempo mismo, que se hallaban tan bien ocupados, les llegó una Carta del Alcalde mayor de la Ciudad de Cobán, con otra de los RR. PP. Dominicos de la Vera-Paz, en q̄ les suplicaban viniessen, para determinar una nueva entrada, y Mission en los Indios Lacandones; por quanto esperaban, que su zelo Apostolico sujetasse aquella Nacion Barbara, que era el horror de todas aquellas Montañas, y por sus crueldades, eran temidos de todos los Indios Christianos, hasta la Provincia de Chiapa, en donde muchos años antes avian quemado las Iglesias; y sacrificado muchos Niños innocentes sobre los Altares; y sacandoles los corazones al pie de las Cruces, con la reciente sangre ungian con oprobrio execrable, las Imágenes de los Templos. Para esta dificultosa empresa, se ofrecieron voluntariamente algunos Indios Christianos de Cobán, para servirles de guia; y acompañarlos, y puesta en Dios toda su confianza, se fueron empujando en los asperos Riscos, y poco traginadas Montañas del Lacandon. Con el desseo que tenia Fr. Melchor de rescatar aquellas Almas engañadas del demonio, procuraba no perder dia en esta jornada; y por mas que alentaba á los Indios Compañeros; estos, ó arrepentidos de su primera resolucion, ó temiendo la crueldad de los Lacandones, les iban dilatando el viage, llevandolos por rodeos, de una parte á otra: y en este circulo que iban haciendo por las margenes de los Rios, gastó infructuosamente seis meses, fingiendo, no acertaban con el camino; y todo esto hacian, pensando, q̄ aburridos los Padres de tanto caminar, se bolvieran á tierra de Christianos.

En tanta dilacion, era precisa la penuria del sustento en los pobres de

Rrrr 2

Jesu-